

mal eterno de nuestra cultura: el ensimismamiento.

Cuando se finaliza el libro queda uno con una pregunta: ¿al plegar un mapa se acercarán los puntos en la realidad?... Quizá no, quizá sólo un poco, pero el pliegue mismo contempla una visión multidimensional que enriquece, y quizá supera, la tan aceptada (pero no por ello más adecuada a lo "real") representación en dos dimensiones.

Al final, un mapa es cuestión de símbolos y caminos.

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

## Biografía igual aventura

### El inventor de lunas

Jairo Aníbal Niño

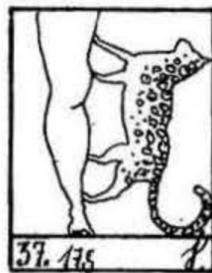
Colciencias, Santafé de Bogotá, 1995,  
64 págs.

Este libro de Colciencias destinado a lectores jóvenes aparece con fines claramente didácticos que empiezan a cumplirse desde el prólogo, escrito por Carlos Nicolás Hernández, donde se abre un espacio al asombro y a la curiosidad y es una buena introducción a lo que será la última aventura, el viaje final de uno de nuestros más ilustres sabios y de nuestros más injustamente condenados patriotas.

La suma de coincidencias —algunos aseguran hoy que nada lo es, que todo son caminos señalados de antemano— que dieron pie a la creación del libro señalan que su contenido, aunque histórico, tiene algo de mágico o de fantástico. El encuentro como por azar del futuro autor y del director de Colciencias, la voluntad de escribir sobre Caldas, y un colibrí, aquel diminuto ser que tanto admiraba a los españoles durante la conquista, revoloteando en un jardín venezolano, como en un llamado silencioso y al mismo tiempo elocuente.

Una de las bondades del libro, sin duda la más evidente, son las ilustraciones de Silvia Gómez. No solo siguen fielmente el relato, sino que acuden a

la imaginación recreando ese universo fantástico que tanto maravilló al sabio Caldas y a todos los que, como él, han querido comprender algo de sus misterios y secretos. Azucena, la perra fiel que acompaña a su amo desde Popayán hasta el cadalso, inicia la serie de animales dibujados con toda la riqueza y el colorido de la fauna tropical. Colibríes, mariposas, lechuzas y gavilanes revolotean en medio de las páginas. Familias vestidas con una idéntica tela pasan por las páginas, así como el cielo con sus constelaciones de estrellas, eclipses y flores maravillosas, espeñaderos y aparatos científicos, el grupo de prisioneros que con las manos atadas avanza detrás de sus captores por la geografía colombiana, el calabozo en el Rosario y el pelotón de fusilamiento vestido de gala como para una ceremonia importante, harán que los lectores, especialmente si son niños, quieran repasar cada página del libro.



El sabio Caldas caminando junto con sus amigos hacia la muerte, a la que teme como un hombre cualquiera, se perfila en un primer instante como el personaje humano, víctima de una emoción profunda y al mismo tiempo terrible: el miedo. Espera escondido en sus tierras a que se cumpla la orden del gobierno español, y con ella su sentencia de muerte. Se sabe abandonado, traicionado por aquellos que habrían de llevarlo por mar hacia la libertad y sobre todo hacia un tiempo que le permitiría seguir estudiando el universo. Sabe también que es imposible huir a pie y que la patria se ha convertido en una cárcel donde tarde o temprano será encontrado para ser llevado a otra, más estrecha, de donde no saldrá con vida. El hombre condenado, acorralado, co-

mienza a recordar algunos momentos importantes de su vida.

Pero si ha sido traicionado y abandonado a su suerte por algunos, entre ellos su esposa, Azucena, la perra blanca que lo sigue hasta el cadalso en Santafé, representa la nobleza y la generosidad del amor sin condiciones y de la lealtad que con tanta frecuencia faltan en el corazón del hombre. Azucena es la naturaleza misma, fiel a sus propias leyes, sabia en su misma esencia.

El lenguaje del libro es sencillo y didáctico, como corresponde a los jóvenes lectores a quienes está dirigido. A veces los diálogos carecen de verosimilitud, porque en ellos se manifiesta la intención de enseñar y de resumir la filosofía y los conocimientos de Caldas, los sentimientos o la falta de ellos de sus captores, los conocimientos acumulados durante siglos por los indios, a quienes los blancos desprecian sin razón. Sin embargo, la claridad se mantiene.

El tiempo del camino que de Popayán conduce a la capital es el tiempo de los recuerdos. Se recurre al *flashback* para contar algo de la infancia de Caldas, de la atmósfera de la casona en la que se dedicaba al estudio, a la observación de la bóveda celeste, a la ensoñación de lo maravilloso, aguijoneado por los relatos de su aya, aquella mujer que aseguraba haber visto en los espejos de la casa un tigre agazapado y dispuesto a saltar fuera del marco. El niño real se borra para dar paso a un niño ideal, demasiado serio, demasiado comprometido con el futuro, con su condición de sabio, de científico. Es como si desde la infancia sospechara que algún día iba a ser amigo de otros sabios y que su amor por el conocimiento lo elevaría por encima del común de los mortales. Afortunadamente, el niño, que no lo es tanto, crece para dar paso al hombre que teme, aunque haya logrado superarse a sí mismo.

La relación que se va formando entre cautivos y captores —pues Caldas no marcha solo; lo acompañan otros patriotas que lo conocen y lo admiran— está tejida de complejidades. Y de lugares comunes también. Existe el captor que respeta a la víctima, que lamenta desempeñar el oficio que le ha tocado

por mala suerte, y que hace lo posible para suavizar las condiciones de una marcha que debió de haber sido dura, no sólo por el fin que le aguardaba, sino por los rigores impuestos por la naturaleza. Hay otros que, por el contrario, no cejan en la crueldad, brutos que apenas han asumido la condición de seres humanos y que en nada se benefician de las enseñanzas, de los consejos, de las anotaciones que durante esos días va haciendo Caldas, el sabio que nunca deja de serlo, contento de poder compartir lo que sabe, así sea con quienes lo conducen a la muerte.

En el relato se dan los elementos de una buena novela de aventuras. En el libro hay suspenso; está latente la posibilidad de la huida; se insinúan historias de amor y desengaño, aparecen el sentido de la caballería y la villanía, hay deudas de gratitud, sentido del honor, grandes ideales que crean mártires, los futuros héroes de la patria. Elementos para una excelente biografía, para una obra de más aliento dirigida a un público adulto.

En un determinado momento el sabio deja de enseñar, de señalar la ruta de los astros, de calcular la altura de las montañas y el vuelo de las aves, para contar cómo, en alguna época de su vida pasada, se dedicó al comercio de telas y a la compraventa de cachivaches. Rasgo que el autor hace resaltar hábilmente en el relato. Pero al momento Caldas vuelve a examinar el entorno para seguir aprendiendo y enseñando.



El viaje se convierte en una aventura poética donde la naturaleza ofrece los más maravillosos espectáculos, las más variadas posibilidades. Caldas sacude la conciencia adormilada de aquellos que viajan con él, amigos y enemigos, para hacer ver la magia de los paisajes,

para hablar de las maravillas de las plantas alimenticias, de los milagros del árbol del pan, o de la curiosidad de los niños que tienen una casa en la copa de un árbol para poder mirar las estrellas. La naturaleza por la cual avanzan lentamente, desafiando los peligros que ofrece y aquellos otros inventados por la mano del hombre, es por turnos acogedora y hostil, peligrosa o mansa como la misma Azucena, que los sigue de lejos, sin olvidar al amo que está a punto de perder.

Finalmente, antes de morir, aparece otro aspecto bien humano del personaje: la tragedia de la vida afectiva del hombre que muere sin saber cuáles de sus hijos le sobreviven, sin saber nada de esa mujer a la que entregó el corazón, y que se da en llamar hacedora de desdichas.

MARÍA CRISTINA RESTREPO L.

## Reedición de una fuente histórico-geográfica sobre el Urabá antioqueño

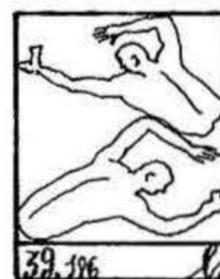
Urabá, salida de Antioquia al mar.  
Geografía e historia de la colonización  
James Parsons

Banco de la República/El Áncora  
Editores, Bogotá, 1996, 170 págs.

Este pequeño ensayo del eminente geógrafo norteamericano James Parsons fue publicado originalmente en su versión inglesa en el año de 1967 y fue editado por primera vez en español en 1979. La edición que ahora reseñamos es la tercera, publicada 30 años después de la primera. Esta última versión es exactamente igual a la original, pues, no se sabe exactamente por qué razones, el autor no le hizo ninguna modificación ni agregó nada sobre los sucesos transcurridos en los últimos tres decenios en los que indudablemente se ha modificado sensiblemente el papel económico, político, social y cultural

de la región de Urabá. Es de lamentar que Parsons no hubiera efectuado una revisión retrospectiva de su libro, teniendo en cuenta las visibles transformaciones que ha conocido Antioquia en general y la región de Urabá en particular y que no conectara los aspectos más destacados de la situación contemporánea con las tesis que esboza a lo largo de su trabajo.

Este ensayo se caracteriza, como todos los trabajos elaborados por Parsons —destacándose entre todos su *Colonización antioqueña en el occidente colombiano*—, por una límpida prosa, la que se combina con un rigor notable en el manejo de la información y con la permanente interrelación del análisis histórico y geográfico. Estos son los aspectos metodológicos en los que se inscribe su estudio sobre Urabá, o más particularmente sobre la lucha centenaria que se libró, desde los tiempos de la conquista española, por abrir una vía al mar.



En palabras de su autor, el propósito de la obra es estudiar “la lucha de Antioquia, durante cuatro siglos, por tener una salida al mar a través de esta franja, y el cambio de actitudes y de patrones de colonización que ha seguido en su realización, al lado de las oportunidades económicas y de los problemas sociales que ello conlleva” (pág. 20). Con esta idea en mente, Parsons examina la historia espacial de Urabá, desarrollando una periodización un poco tradicional que arranca desde la conquista hasta llegar a los primeros años de la década de 1960. La tesis que atraviesa todo el texto es que la colonización de Urabá es uno de los procesos más dinámicos de toda Latinoamérica y que es una muestra elocuente de las características que asume una “geografía política cambiante”.